

migos, y solo en una cosa se encuentran : ¡ Jesucristo ! ¡ Ah ! ¡ Desafiáis á Dios ! Creedme, cuando el hombre desafia á Dios, su providencia se ha reservado inevitablemente una respuesta, y en punto á la historia de Jesucristo, acabais de oír la que os da.

Concluyo, señores; negar la realidad histórica de la vida de Jesucristo, es un acto de demencia, un golpe desesperado. Y acaso os preguntéis porqué se ha cometido ese acto, sea directa, sea indirectamente, con precauciones ó sin ellas. Es, señores, porque una vez admitida aun en globo la realidad histórica de Jesucristo, se abre paso en el alma el sentimiento de su divinidad, y es difícil no sucumbir mas ó menos. Se necesitaba esparcir tinieblas en rededor de tan notable existencia, enlazada por otra parte con tantas cosas que lo son tambien. Aunque la negacion no produjera mas resultado que el exigir la prueba del hecho, se conseguiria ya una discusion, y una discusion vale algo en un terreno inatacable, como que amengua al parecer su prestigio. Y al cabo vale mas tentar algo que no tentar nada. Además, el odio ciega, hace que la vista sea insensible á las mas fuertes claridades, y en este sentido convenia que fuera atacada la realidad histórica de Jesucristo, como una prueba de la disminucion intelectual de los que se constituyen enemigos suyos. La verdad gana con las violencias del espíritu como con las violencias del cuerpo; y tranquila en la inaccesible esfera donde Dios la ha puesto, segura de sí misma, por cualquier parte que la asedien, puede decir al hombre, imitando este famoso verso :

Niega si puedes, y consiente si osas.

SERMON CUADRAGÉSIMO TERCERO.

De los esfuerzos del racionalismo para desfigurar la vida de Jesucristo.

Os probé en nuestra última conferencia la realidad histórica de Jesucristo. ¿ Pero qué significa haberos probado la realidad histórica de Jesucristo ? ¿ Vale tanto como decir ser cosa segura que vivió en cierta época un hombre que se llamaba Jesucristo ? Si no hubiéramos probado mas que esto, nada hubiéramos probado ; porque un nombre es nada. Probar la realidad histórica de un personaje, es probar la realidad del tipo viviente que le constituye. Así, cuando nombro á César, no nombro á un hombre como quiera, nombro al romano que, antes de Augusto, conquistó y gobernó las Galias; que, llamado por el senado, pasó el Rubicon, se apoderó de la dictadura y sucumbió al fin bajo el puñal de una conjuracion. Y del mismo modo, cuando nombro á Jesucristo, nombro al que, en tiempo de Tiberio, predicó en Judea una doctrina religiosa, sostuvo su palabra con obras cuyo juicio os reservais, pero que eran á lo menos singulares, se formó discípulos, y despues de una condenacion seguida de muerte, fué presentado á todo el universo como vivo, y fundó finalmente esa gerarquía, ese dogma, ese culto, esa Iglesia católica que vemos hasta el presente. Y haber probado la realidad histórica de Jesucristo, es haber probado la realidad de este tipo que acabo de bosquejar ligeramente.

Mas he hecho, señores, he probado al mismo tiempo la autenticidad de los Evangelios. Porque un libro es auténtico cuando es histórico, y he mostrado que los Evangelios tenian todos los caracteres de la historia, es decir, que eran una escritura pública que contenia hechos públicos, adoptados á la trama general y pública de los anales del género humano. Esta es la gran autoridad. Hay otra secundaria y poco importante, que consiste en conocer la fecha puntual de un libro y el nombre exacto de su autor. Pongo á esta en segundo lugar, porque un libro puede tener una fecha cierta y un autor cierto, sin gozar de ningun valor histórico, al paso que un

libro histórico lleva consigo la fecha y el enlace de las cosas auténticamente promulgadas por una publicidad invencible. Los Evangelios son auténticos de entrambos modos; pero la primera es la gran autenticidad suficiente á su certidumbre, y esa es la que he prometido demostraros.

Acaso os hayais preguntado, señores, al oírme contra quién me dirigía yo, y si era necesario tomarse tanto trabajo por una cosa que nadie niega al parecer. En ello os habríais engañado. Que no solo Dupuis ha negado la realidad histórica de Jesucristo en su célebre obra del *Origen de todos los cultos*, sino que no hay incrédulo que no haga de algun modo lo mismo, y no se vea obligado á levantar nubes entre su espíritu y esa formidable figura del Hijo de Dios humanado. De aquí nace el que oigais repetir tan agradable y falsamente, que, fuera de la escuela cristiana, ningun testimonio contemporáneo deponde de la presencia de Jesucristo en el teatro de la historia. De ahí nace que se hayan suscitado tan vivas sospechas acerca del texto de Flavio Josefo sobre la vida y muerte de Cristo. No hay incrédulo alguno á quien no turbe é importune la certeza histórica de los primeros tiempos del Cristianismo, y que no estime en mucho la menor duda en esta parte. Era, pues, necesario quitarles ese consuelo, tanto mas, señores, cuanto que al demostraros la divinidad de Jesucristo, habia ya supuesto previamente la autenticidad de su persona y de su historia; y si no hubiera yo vuelto atrás para asegurarla definitivamente, todo el edificio de mi argumento hubiera estribado sobre una hipótesis infundada. Acabemos hoy de sustituir el hecho á la hipótesis hablandoos de otro esfuerzo del racionalismo, no ya para anonadar la vida de Jesucristo, sino para desfigurarla. Porque despues de haber dicho ó dado á entender que la vida de Jesucristo era una fábula, el mismo racionalismo ha advertido que esto era mucho pedir á la humana credulidad; ha tenido la luz omnipotente del buen juicio, y al principio de este siglo, no en Inglaterra ni en Francia, sino en Alemania, ha aparecido un sistema nuevo. Se ha dicho: la vida de Jesucristo no es una fábula, sino un mito. ¿Qué es mito? ¡La vida de Cristo es un mito! Tal es, señores, el objeto de esta conferencia y de vuestra atencion.

Comprendamos bien primero las causas que no han permitido al racionalismo sancionar con su adhesion la realidad histórica de Jesucristo. De cierto quedan todavía muchas cuestiones que decidir, aun cuando se ha dicho: Jesucristo ha existido, su historia es au-

téntica, la publicidad cubre con la luz mas decisiva los orígenes del cristianismo y de la cristiandad. Sin embargo, dado este paso, señores, nos hallamos al punto en presencia de un dilema sencillísimo: ó Jesucristo y sus apóstoles fueron sinceros, ó fueron impostores. Decir que fueron sinceros, es realmente confesar la divinidad de su obra; porque sentada por una parte la vida de Cristo y concedida por otra la sinceridad de esa misma vida, no es posible, en vista del carácter y enlace de los sucesos que forman su tejido, evitar esta conclusion: Jesucristo es Dios. Afirmar por el contrario, que Jesucristo y sus apóstoles fueron impostores, es colocarse en una posicion durísima para la inteligencia. ¿Por qué? Porque todo Jesucristo, todos los apóstoles, todos los mártires son la sinceridad del hombre en su grado mas sensible; porque Dios ha puesto en la persona de Jesucristo, en la vida de sus apóstoles, en la muerte de sus mártires, un aire y un perfume de buena fe, que no permite suponer que toda esa bella historia no sea por espacio de tres siglos mas que un monton de imposturas empapadas en sangre. Hoy por otra parte, el Cristianismo es sincero; no puede acusarse de mentira á la multitud de hombres civilizados que creen en Jesucristo, que pretenden tener la demostracion cotidiana de su divinidad, que dicen que aun independientemente de la historia evangélica, solo la accion de Jesucristo en ellos les manifiesta su omnipotente realidad; y esta es la tesis de un célebre aleman que habiendo formado el vacío histórico en torno de sí, y probando en lo interior de su alma la influencia del Salvador de los hombres, decia á la Alemania: Pero yo que vivo, que siento, que pienso, vivo con Jesucristo, siento con Jesucristo, él me levanta sobre mí, me purifica, me da lo que nada de este mundo me ha dado jamás; es pues mas que yo, mas que el mundo, mas que el alma, es Dios. Sí, somos sinceros; y si todos los cristianos no prueban su sinceridad con sus virtudes, hay muchos á lo menos que dan á Jesucristo ese testimonio de su fe, ¿Os atreveríais á tacharlos de hipocresía? ¿Os aríais ajar el corazon y las obras de tantos hombres ligados á vosotros con tantos lazos? ¡Hipócritas! ¿Y por qué? ¿con qué objeto? ¿Qué placer hay en ser castos por hipocresía? ¡Qué singular designio, y qué extraño salario el de este sacrificio! Somos, pues, sinceros, y podemos decir de Jesucristo, esposo de nuestras almas, como Paulina de Polyuto: Mi esposo al morir me dejó sus luces: veo, sé y creo. Pero si el cristianismo es hoy sincero, ¿cómo desde la mas alta impostura posible, que es llamarse Dios, ese torrente, ese mar

de sinceridad hubiera extendido sus golfos y horizontes hasta nosotros, hasta el centro de la humanidad actual? Una causa mancillada no puede producir un efecto puro, y si el cristianismo es hoy sincero, lo era ayer, anteayer, en los días de su juventud, lo era en Jesucristo, el primer corazón de donde salió para abrazar el nuestro y hacerle sincero. O si negais la consecuencia bajo esta forma, reconoced al menos en Jesucristo, en sus apóstoles y mártires, signos de sinceridad todavía mayores que los del cristianismo presente, y comprended porqué la incredulidad necesita rechazar fuera de la historia los tiempos primitivos de la cristiandad, no sea que una vez en posesión del derecho de vecindad, se ciñan muy fácilmente la corona de una divinidad incontestable. Sí, nuestros mayores, los incrédulos franceses, tuvieron la osadía que era forzoso tener, pusieron la cuestión donde está, y el que no los imita á todo trance, es un cobarde en el orden de la negación, ó un niño. Nuestros padres, en esto como en todo, se iban derechamente á la esencia de las cosas; comprendían, con la intrepidez natural de sus almas, que es preciso negarlo todo, ó concederlo todo. Les alabo por ello; porque, al cabo, cuando se ama el error, vale más navegar en él como Colón, que navegar como esas barcas tímidas que no osan engolfarse en el Océano y se estrellan en la misma punta de la ribera. Yendo lejos se llega más pronto al fin, y la misma inteligencia que andaba tras del error, tiene más probabilidades de volver á toda vela á la verdad.

El genio alemán no está dotado, al parecer, de esta ventaja de perspicacia y rapidez. El es quien ha creado la teoría del mito, á cuyo rededor está dando vueltas há medio siglo. Pero por fin ¿qué es el mito? Apartad con las manos las bóvedas de esta catedral, y mirad esa otra bóveda de la que ha dicho Pascal: «El silencio eterno de esos espacios desconocidos me espanta.» Mas allá de los astros que vuestros ojos descubrirán allí fácilmente, y como en la frontera última de la extensión, distinguiréis no sé que estrellas problemáticas. ¿Son efecto de una visión á quien engaña la distancia? ¿Tienen una subsistencia total? ¿O más bien no proviene á un mismo tiempo su aparición de una ilusión óptica y de cierta realidad? Así acontecerá, si en vez de explorar las regiones profundas del firmamento, penetráis con mirada curiosa hasta las fronteras de la antigüedad. Observaréis en ella narraciones que inquietarán vuestra inteligencia, que se hallará perpleja no sabiendo si debe rechazarlas enteramente ó admitirlas del todo. Sirva de ejemplo Prometeo. Todos sabeis el

tema de Prometeo, de aquel hombre osado que robó el fuego del cielo, y á quien Júpiter, en castigo de tan grand robo, hizo clavar en una roca, donde un buitre devora su corazón. La antigüedad estaba llena de esta relación, de que formó Esquiles una de las tragedias más singulares del teatro griego. ¿Qué era en realidad Prometeo? ¿Era una pura fábula? Muy difícil es pensarlo, señores; el hombre en sus creencias y recuerdos parte siempre de alguna realidad; y cuando sus creencias y recuerdos tienen un carácter universal, no es lógico deshonrarlos con un desden absoluto. Mas, por otra parte, ¿clasificaréis en la historia el tema de Prometeo? Tampoco podemos. ¿Cómo admitir que un hombre robó el fuego del cielo, que Dios le encadenó á una roca, y que su corazón, siempre renaciente, es allí pasto de un buitre que nunca se sacia? Evidentemente nos hallamos aquí entre la fábula y la historia. En el fondo de los siglos primordiales ocurrió un suceso relativo á los destinos religiosos del linaje humano; todos los pueblos se llevaron su recuerdo en sus emigraciones; pero á medida que crecía sobre el mundo la sombra de lo pasado, perdió su claridad la venerable filosofía de aquella tragedia antigua: la imaginación acudió en auxilio de la memoria, y Prometeo, clavado en una roca, vino á ser la expresión popular é imperecedera de un gran crimen, seguido de una gran expiación. Esto es el mito. El mito es un hecho transfigurado por una idea, y la antigüedad se nos aparece en su frontera, repito la expresión, como guardada por una legión de mitos, que son todos la expresión alterada de alguna verdad.

Siendo esto así, dice el doctor Strauss, uno de los más célebres mantenedores de la escuela mítica, ¿por qué Jesucristo no sería un mito, por qué los Evangelios serán otra cosa que un conjunto de mitos, es decir, de hechos reales, transfigurados por ideas? Veamos si la causa es posible, y en segundo lugar, si es una realidad.

Que sea posible, la analogía apenas consiente dudarla. ¿Hay por ventura religión alguna, sea la idolatría ó el brahmanismo, ó el budhismo, que tenga otra subsistencia que la de un vasto conjunto de hechos y de ideas, alterados unos por otras? Si lo negais, cristianos, os dais á vosotros mismos un grandísimo golpe, porque afirmáis con ello que la humanidad está tan falta de sentido, que es capaz de adorar por espacio de siglos fábulas destituidas de toda especie de fundamento, ya tradicional, ya ideal. Evidentemente no podeis negarlo, y so pena de perjudicaros, debeis convenir en que do quiera que el hombre ha doblado la rodilla con alguna universa-

lidad y perpetuidad, tenia delante de sí hechos incrustados en ideas. Mas si este es el fenómeno general, ¿por qué el Cristianismo no se habria manifestado bajo el imperio de la misma ley? Sin duda los cristianos adoran hechos: Jesucristo es un hecho, solo que, como acontece en todas las ocasiones de esta especie, el hecho primordial, aunque cierto, con el curso del tiempo y la fascinacion de una idea preconcebida, ha sufrido modificaciones que le saca de la historia para colocarle en la especie de los mitos. Que Jesucristo no sufrió una transformacion tan completa como los hechos mas lejanos de la remota antigüedad, es cosa en que puede sin temor consentirse; pero lo mas ó menos es solo una cuestion secundaria, y siempre tenemos que la persona de Cristo y el acontecimiento cristiano, están comprendidos en la ley general que pone en la clase de mitos todas las religiones conocidas.

Lo cual es tanto mas cierto, cuanto la publicacion de los Evangelios no es contemporánea de Cristo. Segun reconocen los mismos cristianos, á la era de la escritura evangélica precedieron no pocos años de tradicion y predicacion; y si nos atenemos á una crítica exacta, hasta despues de promediado el siglo segundo no puede fijarse el reino del nuevo Testamento. ¡Cuánto espacio dejado á la imaginacion y á la fe para transformar á Jesucristo!

Y nótese bien, que esa transformacion era tanto mas fácil, cuanto que la idea mesiánica era anterior á Jesucristo. Mucho antes que este apareciese, esa idea corria por las venas del pueblo judío; multitud de hombres atentos á la voz de los profetas, se habian ocupado en el Mesías venidero, y despues que Cristo se hubo atribuido su mision, era natural que se le aplicaran todos sus caracteres. La idea mesiánica era el molde en que se estaba formando hacia siglos el mito de Jesucristo; bastábale en cierto modo á Jesucristo dejar hacer, y cuando hubo muerto, su vida, como una materia que se halla en fusion, entró de suyo en el molde del mesianismo, de donde salió al fin tal como la contemplan hoy con asombro las generaciones.

La analogía, el tiempo, la idea preconcebida del Mesías, todas estas circunstancias nos inducen á concluir, que el Cristianismo pudo formarse, como todas las religiones de la antigüedad, por el principio de la transfiguracion mítica. Pero un exámen mas severo nos conducirá mucho mas allá de esta conclusion, haciéndonos discernir en el Nuevo Testamento todos los caracteres de un mito consumado.

En primer lugar, la vida de Jesucristo, tal como se refiere en el Evangelio, lleva continuamente el sello de lo maravilloso. Desde el ángel que anuncia su concepcion en el seno de la Virgen María, hasta su resurreccion y ascencion, no hay un acontecimiento de esa vida que sea conforme al curso de la naturaleza. Cada palabra engendra un prodigio, cada paso es un milagro, y parece que el milagro lucha consigo mismo para sobrepujarse de momento en momento y confundir las últimas esperanzas de la razon. Pues justamente lo maravilloso es el compañero inseparable del mito y reside en el mismo punto. Con efecto, ¿dónde encontramos lo maravilloso? ¿Acaso á nuestra vista, cerca de nosotros, en fin en el mundo moderno? Jamás. Todo lo que vemos es sencillo y natural; el mundo que tenemos delante se gobierna por leyes generales, de donde procede un órden constante; en él no interviene Dios de manera alguna por medio de golpes raros y repentinos, sino que deja á las causas segundas su indisoluble encadenamiento. ¿Dónde hallamos, pues, lo maravilloso? Allí mismo donde descubimos el mito, en la antigüedad. La antigüedad es el sitio de uno y otro, y aun el mito no se nos revela sino por la presencia de lo maravilloso. Porque si nada fuera maravilloso en la antigüedad, todo seria historia. Pero en tal caso, ¿qué es lo que distingue lo maravilloso de Jesucristo, de otro cualquiera? En sí mismo nada; en cuanto al lugar, nada tampoco, dado que este lugar es la antigüedad. ¿Por qué pues, decidme, cortais en dos partes la antigüedad, la una falsa, la otra verdadera? ¿Por qué relegais al mito lo maravilloso anterior á Jesucristo, y dais el título de historia á lo maravilloso que le es contemporáneo? La razon no alcanza motivo alguno para esa diferencia, sino que llamais al tiempo de Jesucristo un tiempo histórico, por oposicion á otras épocas que apellidais tiempos fabulosos. Pero lo maravilloso es cabalmente el carácter peculiar que distingue los siglos de la fábula, de los siglos de la historia; porque sin esto, ¿dónde estaria el principio de su distincion?

En segundo lugar, á la primer lectura de los Evangelios se ve claramente que no presentan ningun enlace cronológico, nada que anuncie la historia, sino que son simples materiales recogidos al acaso, aun sin haber cuidado de hacerlos de algun modo verosímiles por su armonía. Todo es en ellos confusion y contradiccion. Hále bastado al doctor Strauss dejar correr su vista y su pluma para formar cuatro volúmenes con las increíbles equivocaciones de que están llenos. Y no debe acusarse de ello á los Evangelistas, pues eso mismo

es la prueba de su sinceridad. Tomaron el mito como lo encontraron, fluctuante, indeciso, contradictorio consigo mismo, como todo lo que sale de la influencia tenebrosa de los hechos y las ideas. Había pasado más de un siglo desde la vida de Jesucristo; se habían paseado sus trozos de Oriente á Occidente, bajo la impresion de sentimientos é ideas de diverso origen, y aunque el tipo tuviese cierta unidad, á causa de la idea mesiánica que era el primitivo punto de arranque, era sin embargo imposible que la elaboracion final de tantos elementos no llevara visibles señales del desacuerdo y de la variedad.

Tal es, señores, la argumentacion de la escuela mítica. No creo haberos disimulado su fuerza; que no gusto de achicar á los enemigos de la verdad. ¿De qué serviría esto? Cuando yo hubiera abusado un momento de vuestra penetracion y de vuestra memoria de las cosas, al volver sobre vosotros, una ojeada al doctor Strauss os revelaría mi poca sinceridad, y la causa que defiendo, por haber ganado un cuarto de hora, perdería un siglo en vuestro espíritu. No, señores, es menos que un deber, es un placer el ser sinceros cuando tiene uno la verdad en su favor; y si los argumentos de la escuela mítica no han tenido fuerza al pasar por mis labios, es porque de tres meses que he consagrado á su estudio, no me ha sido posible darles más brillo y autoridad.

Sin embargo, no os disimuleis que la obra es tan hábil como ha podido serlo. Como veis, no se niega ya la realidad histórica de Jesucristo; no vienen ya á estrellarse contra la constitucion misma de la historia, y sin embargo al mismo tiempo que sigue Jesucristo siendo un hecho, se le desarma del poder del hecho. Por otra parte, no es ya necesario combatir la impresion de buena fe que resulta de su vida y de la vida de los suyos. Se concede esa buena fe. Jesucristo creía en sí y se creía en él. Se creía en él delante de César; se cree en él delante de la incredulidad. Vuestros padres daban su sangre por hechos é ideas; vosotros dais la vuestra por hechos é ideas. Solo sí que no los entendeis bien, y es lícito, es honroso vivir y morir por cosas que no se entienden bien.

Creo, señores, suficiente la exposicion, y voy á acometer de frente esa gran máquina de guerra germánica.

¿Negaré la existencia de los mitos? No, señores; el mito me parece históricamente la cosa más verdadera del mundo. Admito que el hombre abandonado á la tradicion por espacio de muchos siglos, no discierna bien al fin el lugar y el texto primitivo de los acaci-

mientos. Como un cuadro ante el cual retrocede siempre el espectador, el género humano retrocede ante lo pasado, y por bien que lo mire, llega un momento en que su vista se enturbia. Sin embargo, trabajando la imaginacion sobre ese espectáculo ya lejano, le añade nuevos pasajes; la idea domina al hecho, y se produce cierta cosa que no es ya una historia ni una fábula, sino que la llamamos un mito. La mitología es el conjunto de todas las creaciones del entendimiento humano entre la sombra y la luz de la antigüedad. Porque, notadlo, ¿cuál es el teatro de los mitos? Es la antigüedad, ó más bien la tradicion abandonada sola á la corriente de la humanidad que la lleva avanzando y empujándola. La tradicion pura es el lugar del mito.

Pero allí donde se levanta la Escritura, donde aparece la relacion inmovilizada, donde el bronce escritural está puesto en frente de las generaciones, se desvanece al punto el poder mítico del hombre. Porque entonces queda ante sus ojos el hecho en sus proporciones verdicas, queda dominando á su imaginacion, y contra él no pueden mil años como ni un dia. Desde Herodoto á Tácito, ¿habeis visto nunca mitos en la historia? ¿Carlomagno se ha convertido en mito al cabo de mil años? ¿Clodoveo al cabo de mil trescientos? ¿Augusto, César, al hundirse en la profundidad de lo pasado, han tomado alguna apariencia mítica? No, el punto más lejano donde el historiador moderno procura descubrir el mito, es por ejemplo el principio de Roma, Rómulo y Remo. ¿Por qué? Porque aunque se estaba cerca de la Escritura, aunque preexistía anteriormente en otros países, no había aun recibido la guarda de la historia romana. Pero una vez viva la Escritura, una vez que se ha apoderado de la trama general de la historia, queda roto al instante el molde mítico.

Ahora bien, Jesucristo no pertenece al reinado de la tradicion, sino al reinado de la Escritura. Nació en plena Escritura, en un terreno donde es imposible que el mito se arraigue y desenvuelva. La Providencia lo había previsto y preparado todo de lejos, y si os habeis preguntado alguna vez porqué vino Jesucristo tan tarde, ya veis ahora una de las razones. Vino tan tarde para no estar en la antigüedad, para estar en el centro de la Escritura; porque él no es la primera Escritura, ya se guardó bien de serlo, sino la Escritura después de mil quinientos años; y si no quereis contar más que desde Herodoto, es todavía la Escritura después de quinientos años. Es por consiguiente moderno, y aun cuando el mundo durara siglos